

Una jornada particular en la *Ronda del Guinardó*

Fernando Valls

En 1984, tras la aparición de *Un día volveré* (1982), Juan Marsé publica una novela corta, *Ronda del Guinardó*, pequeña pieza maestra con la que obtuvo el premio Ciudad de Barcelona. Creo que ésta es una de sus grandes obras, junto con *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí* y alguno de los cuentos que componen *Teniente Bravo*.

Marsé ha contado en varias ocasiones que escribió el libro en seis meses, muy rápido para lo que suele ser habitual en él, al desgajarse el personaje de Rosita de otra novela que no acababa de cuajar. La obra tiene su origen en una estampa que se grabó en la memoria del autor en la primavera de 1945: «una adolescente, huérfana y recogida en la Casa de Familia de la calle Verdi, recorre las calles del barrio con una capillita portátil de la Virgen de Monserrat apoyada en su cadera y mordisqueando una zanahoria»¹.

Hasta poco antes de aparecer publicada, Marsé barajó otro título, *Rosita y el cadáver*, que sustituyó con buen criterio por el definitivo². Se narra en la obra el recorrido, la ronda de los protagonistas (Rosita y el inspector) por el barrio del Guinardó. Pero quizás el título, y en cierta forma también el sentido del texto, contiene ecos de la película de Max Ophüls, *La ronda* (1950), basada en la pieza de teatro del mismo título de Arthur Schnitzler, escrita en 1900 y estrenada en 1920. La acción de ésta transcurre en Viena y se cuentan diversas historias de amor, con continuos cambios de pareja, en los que participan casi todas las clases sociales. En la novela de Marsé, la ronda no es de amor y placer sino sobre todo —componente que tampoco falta en la obra del austriaco— de miseria y sordidez. No parece improbable que el autor tuviera en cuenta la *Ronda de mort a Sinera*, de Salvador Espriu, ya que en ella amor y muerte son también elementos determinantes.

¹ Vid. Juan Marsé, «Primera imagen, primer latido», *El Sol*, 5 de octubre de 1990.

² Entre otros testimonios que pueden aducirse, José Guerrero Martín contaba que Marsé había acabado una «narración relativamente corta» titulada *Rosita y el cadáver* (*La Vanguardia*, 28/III/1984).

La geografía, el mundo, los personajes, los símbolos, la temperatura moral y el estilo de *Ronda del Guinardó* son los habituales de Marsé, pero las dimensiones de este relato, la depuración de elementos y su singular estructura, el recorrido por el Guinardó, lo hacen peculiar.

Marsé se vale de apenas dos personajes para mostrar un microcosmos en la Barcelona de los primeros años de postguerra. La chica se define como «una pobre huérfana que está sola en el mundo» (p. 104)³, tiene casi catorce años y vive recogida en una especie de orfanato, llamado Casa de Familia. Dos años antes, durante una noche borrascosa, fue violada por un desconocido en un descampado de la calle Cerdeña. Cuando empieza la narración, parece ser que la policía ha dado con el culpable, pero está muerto y esperan que la chica identifique el cadáver para archivar el caso.

La acción de la novela corta transcurre a lo largo de un día, entre las cuatro de la tarde y las once o doce de la noche de un martes, el 8 de mayo de 1945, en el mes de María, como se recuerda en el texto. El día anterior, la Alemania nacionalsocialista había capitulado, con lo que renacían las esperanzas de los vencidos en la guerra civil («había conatos de huelga y un alegre trajín de hojas clandestinas», p. 45) que confiaban en la ayuda de los aliados para acabar con el régimen de Franco. Aquellos días de 1945 eran en todo el mundo de incertidumbre. En Barcelona se repartían octavillas clandestinas, la policía se mantenía alerta, por lo que había una especial actividad en las comisarías, como se muestra en la novela. La pregunta que se hacían los antifranquistas es si los aliados permitirían que un país europeo conservase un gobierno totalitario. El resultado de todo ello fue el aislamiento de España, pero en 1953 el anticomunismo de los Estados Unidos y del régimen de Franco propició un pacto militar que abriría a España las puertas de los organismos internacionales y el reconocimiento diplomático de la mayoría de los países.

En Cataluña, la guerra civil había tenido unos rasgos peculiares. El nacionalismo catalán, con la excepción del más moderado, había apoyado la República. Las clases medias acomodadas que por su extracción social podían ser consideradas como gente de orden, estuvieron en general contra los sublevados, por lo que se les consideró enemigos de un régimen en el que los términos «rojo» y «separatista» aparecían a menudo unidos. Aquí se cuenta, en el capítulo cuarto, cómo las familias católicas y catalanistas, como los Planasdemunt, donde trabaja Rosita, celebran la derrota de Alemania.

³ Cito siempre por la primera edición de Seix Barral, Barcelona, 1984. La última (Lumen, Barcelona, 2000) presenta variantes de interés en las que ahora no puedo detenerme.

A diferencia de otros barrios de la ciudad, socialmente más homogéneos, en el Guinardó («maldito barrio de sube y baja y escóñate», se queja el inspector, p. 123) las torres de los burgueses que se «caen de viejas» (p. 103) se intercalaban entre los modestos comercios y las viviendas humildes de los charnegos. Todo ello se muestra a la perfección. Es, por tanto, imprescindible, no olvidar este contexto histórico y social, pero también moral, digámoslo así, en el que se desarrolla la acción, para entender el sentido último de la obra.

En el capítulo inicial, en el que el inspector visita la Casa de Familia que dirige su cuñada, se pone ya de manifiesto la hostilidad que despierta y las carencias de un policía que está fuera de su territorio e incluso de su tiempo. Todo ello se observa tanto en la mezcla de conmiseración y desdén con que lo trata la directora (lo llama «animal», p. 11), como en las burlas con que la niña que le abre la puerta se refiere a él: «Es él, señora directora. Está sentado en el recibidor y parece un sapo dormido. Habla en sueños y dice palabrotas y tiene la cara verde como el veneno» (p. 11). No tardaremos en entender las razones de ambas. Quizá todo esté ya contenido en la frase inicial de la obra, en la que el narrador apunta que «el inspector tropezó consigo mismo en el umbral del sueño y se dijo adiós, vete al infierno» (p. 9). Esto tiene su correlato en el capítulo tercero (p. 41) y en el desenlace del inicial, en el que el inspector le anuncia a su mujer, a través de la cuñada, su muerte, aunque ésta sea más vital que física (pp. 20 y 33). Y no otra cosa parece el policía que un muerto en vida que deambula por el barrio, con «un peso en el corazón», para cumplir una misión tan rutinaria y desagradable como incómoda, porque en ella se implica su vida personal y profesional. Hasta tal punto se hace esto patente que durante el capítulo cuarto, Rosita y el inspector están hablando del cadáver que la chica tiene que reconocer y ella se fija en él como la representación más cercana de la muerte (p. 60).

A las cuatro de la tarde, el inspector encuentra a Rosita y se da cuenta de que ya no es la niña que había conocido. La chica ha crecido y se está empezando a convertir en una mujer. Rosita se niega a acompañarlo porque «hoy es el día más complicado de mi vida» (p. 29). Le da miedo ver el cadáver y, además, no puede perder tiempo con el trabajo que tiene... Pero ante la insistencia del policía y el desarrollo de los hechos a lo largo de la jornada, acaba accediendo de mala gana; cuando su trabajo concluye se da cuenta de que no puede escabullirse del policía.

En nueve capítulos, en un espacio acotado durante un tiempo reducido, se cuenta, con técnicas literarias que la narrativa comparte con el cine, entre el relato del presente y los recuerdos del pasado, cómo Rosita va desempe-

ñando sus distintas labores, mientras que el inspector la acompaña de un lugar a otro, o la espera a lo largo del barrio. Este recorrido físico, pero también metafórico, acaba transformando a los protagonistas: ni ella es tan inocente como parecía («Han pasado muchas cosas en dos años. Ya no soy aquella pánfila», le advierte, p. 50), y al final del día sabremos que se ha prostituido; ni él, el policía seguro y triunfador, de quien en principio se transmite la imagen brutal de su pasado como inspector y marido, aunque ahora sea también un hombre derrotado, a quien su mujer va a abandonar por malos tratos. Un policía, ya de vuelta de todo, en la curva descendente de su existencia (al comisario Arenas, su antiguo jefe, le dice: «de esta no salgo», p. 37), que no sabe ni en qué fecha vive (pp. 40 y 46). En esos años, la chica ha aprendido a sobrevivir a marchas forzadas en un medio que le es tan difícil como ajeno.

La aparición del cadáver del presunto violador, por tanto, no es más que la excusa para desencadenar la acción del recorrido. En esta ocasión, la ronda es, sobre todo, de sordidez y miseria. Se nos muestra en ella, a través del diálogo, recuerdos y acciones de los protagonistas, una visión de los avatares de la vida cotidiana durante los primeros años del franquismo. Así, importa tanto lo que se diga y muestre como el impresionante y lastimoso mundo sumergido que intuimos bajo esos leves indicios que se nos proporcionan⁴. Por lo que no es difícil establecer un contraste entre la anécdota en que se sustenta el relato y las complejas vidas y relaciones que encubre, tanto en lo que atañe al individuo como a la colectividad.

Ambos personajes tienen una misión que cumplir. Él debe llevarla al Clínico para que reconozca el cadáver. Ella, como sabe que no será fácil eludirlo, lo trata con deferencia y sumisión para engatusarlo y poder escabullirse cuando le interesa. Y el inspector, consciente de sus tretas, la deja hacer: «pensaba en este faenar ambulante y rutinario de la niña, en su mañana de presuntas obligaciones ineludibles, tretas y embustes destinados a retrasar la cita con el muerto» (p. 97).

⁴ *Baste con un par de ejemplos sobre el mundo de la censura. En el cine Iberia, uno de aquellos cines de los sábados de la juventud del autor, ponen El embrujo de Shanghai (1941), de Josef von Sternberg, interpretada por Gene Tierney, una de sus actrices favoritas, película que Rosita dice haber visto dos veces sin entenderla, lo que le hace pensar que «estará cortada» (p. 30). No es raro que la censura de la época cortara esta película pues en ella se cuenta, en forma de melodrama exótico, ambientado en un casino de juego, cómo una mujer echa en cara a su exmarido la degradación a la que ha llegado la hija de ambos, con escenas de torturas, etc. Después, cuando hablan de la muerte del hombre que parece ser que la violó, la chica comenta: «¿Usted cree que se suicidó? Dicen que ahora pasa mucho, que hay como una plaga pero que no sale en los diarios porque está prohibido hablar de eso. Que cuando viene en los sucesos que alguien fue atropellado por el metro o se cayó a la calle desde una ventana, es que se tiró. ¿Es verdad, oiga?» (p. 58).*